

La "Geometría sentimental" de Ortega

Fue el año 1924 particularmente fecundo para Ortega. A los diez años de haber alcanzado su filosofía personal (*Meditaciones del Quijote*), desarrollada ampliamente en *Él tema de nuestro tiempo*, donde se formulan a la vez la doctrina de la razón vital y la teoría de las generaciones; planteado a fondo el problema de España, primero en *Vieja y nueva -política* y luego en *España invertebrada*; esbozada en este último libro la teoría de la vida social o colectiva, que se desarrollará en *La rebelión de las masas*; con una ya larga experiencia de profesor universitario a la espalda, Ortega explora en ese año diferentes direcciones del pensamiento. A él pertenecen, entre otros, varios ensayos germinales, de los que arrancan doctrinas desigualmente prolongadas a lo largo de su vida. Quiero recordar: «Ni vitalismo ni racionalismo», «Kant (Reflexiones de centenario)», *Las Atlántidas* y un ensayo incluido en el volumen V de *El Espectador* titulado «Vitalidad, alma, espíritu».

Dentro de este ensayo hay un capítulo bajo el epígrafe «El alma como excentricidad», y al final de él un breve apartado con un titulillo secundario: «Geometría sentimental». Se inicia con unas líneas que tienen aire de ficción o de fragmento de memorias: «Entre los muchos recuerdos y papeles que conservo de mi amigo A... hallo éstos, donde se alude a la geometría sentimental y puede corroborar lo antedicho a guisa de documento o corolario.» A continuación «cita» Ortega (y digo «cita» porque lo escribe entre comillas) un breve fragmento que tal vez no se haya comentado en serio nunca, y que conviene leer con atención y preguntarse qué significa. Dice así:

«Hoy me he enterado de que Soledad se fue ayer de Madrid para una ausencia de varios días. He tenido al punto la sensación de que Madrid se quedaba vacío y como exangüe. ¡Una impresión que han sentido todos los enamorados del mundo, pero no por eso menos extraña! Madrid sigue igual, con sus mismas plazas y calles, el mismo rumor de tranvías y bocinas, la misma gente y el mismo tráfico, los mismos árboles en los jardines y, sobre los tejados, el mismo tránsito de nubes blancas y redondas que

ayer y anteayer. Sin embargo, todo eso parece haberse vaciado de sí mismo y conservar sólo su exterior, su careta. Lo que han perdido es una peculiar dimensión de realidad: perduran ante mis ojos y pidos, pero han dejado de existir para mi interés.

»Ahora noto hasta qué punto mi amor a Soledad irradiaba sobre toda la ciudad y toda mi vida en ella. Ahora advierto que aun las cosas más remotas, que menos parecían tener que ver con Soledad, habían adquirido una cualidad suplementaria en relación con ella y que esa cualidad era para mí lo decisivo en cada una.

»Los mismos atributos geométricos, topográficos de Madrid han perdido toda vigencia. Antes tenía para mí esta ciudad un centro y una periferia. El centro era la casa de Soledad; la periferia, todos aquellos sitios donde Soledad nunca aparecía, vago confín casi inexistente, como lo fue para los griegos la región sobre el Cáucaso que medrosamente titulaban 'tierra de los Hiperbóreos'. Unas cosas estaban cerca y otras lejos, según su distancia del lugar donde yo esperaba ver a ía dulce criatura. A veces estas medidas parecían inversas de las que un agrimensor hubiera abstractamente calculado. Cuando yo estaba seguro de que iba a hallar en algún punto a Soledad, un camino largo hasta ella era para mí la más corta distancia, y, en cambio, un breve trecho recorrido sin la esperanza de hallar a su cabo la suave piel mate de Soledad era una distancia interplanetaria.

»Asimismo, las personas se me presentaban con un perfil minuciosamente diferenciado, consistente en una línea expresiva de su relación con Soledad. Éste era su amigo, y acaso venía de verla, lo cual le dotaba a mis ojos de un divino prestigio que casi se concretaba en una extraña aura o luz dorada en torno a su persona. (Lo mismo he notado en los paisajes donde ha vivido Soledad: se impregnaban siempre de una mágica sonrisa dorada, como de sol poniente en estío, suave fotosfera que parecía emanar deliciosamente de todas las cosas.) Aquél me ha hablado una vez de ella; por tanto, existe en él su imagen, y le veo pasar siempre como un ser ungido, como un bajel que llevase en la bodega una reliquia irradiando taumaturgia. Esta mujer es la que encuentro en la calle cuando voy a ver a Soledad, y aquélla veranea en la misma población o tiene un sombrero parecido. ¡Este dulce drama, de circuito corto, que nos proporcionan las mujeres parecidas, sobre todo de espaldas, a la ¡mujer que amamos! '¡Parece que es ella!', y nuestro corazón da un brinco, concentrando sus fluidos de emoción para lanzarlos como gases asfixiantes hacia Soledad y formar bajo sus pies la nube donde caminan los dioses de Hornero y las mujeres amadas. Pero no; fue un error, es otra, y hay que ir dando salida poco a poco, en pura pérdida, a la fluencia sentimental que habíamos acumulado, como hace el freno de vapor en los trenes.

»Imposible enumerar la variadísima cantida4 de notas, matices y emblemas que sobre personas innumerables arroja como reflejo de oro el solo ser de Soledad.

»Ahora percibo hasta qué punto era el centro auténtico de gravitación

a que todas las cosas se inclinaban, el centro de su realidad para mí. Y yo me orientaba materialmente, sin necesidad de señales externas, por un más o un menos de tensión íntima que en mí hallaba. Al andar sabía si mis pasos me llevaban hacia ella o me alejaban, como la piedra, sin ojos, debe de sentir en el aire su curva trayectoria al sentir la atracción de la Tierra que tira más o menos de su materia.

»Viceversa: la ciudad donde sé que está ahora —ayer indiferente— comienza a adquirir el más sugestivo modelado. Es un esquema cuyas líneas comenzasen a palpar. Es una estatua de sal que volviese a ser de carne. Todo, en fin, parece trastocar su ordenación e irse articulando en el sentido y bajo el influjo del nuevo centro geométrico de atracción sentimental...»

Este fragmento tiene un antecedente en la obra de Ortega: la descripción del bosque con que se inicia la Meditación preliminar de *Meditaciones del Quijote*, y que comenté minuciosamente en mi edición de ese libro. Pero hay diferencias considerables, que será menester examinar. En ambos casos se trata de la presentación *circunstancial* de ciertas realidades; mejor dicho, de realidades que sólo tienen su verdadera significación circunstancialmente. En la descripción del bosque entro necesariamente yo, porque *sin mí no hay bosque*. No hay bosque «en sí», como hubiese pensado un realista, pero tampoco bosque «en mí», según la interpretación idealista. El bosque es algo irreductible a mí, en y con el cual me encuentro, por supuesto distinto de mí, pero *me necesita -para ser*, se entiende, para *ser bosque*. «Las posibilidades más como tales frente a una porción de lo real, de lo que hay, constituyen el ser del bosque.» *La realidad vital bosque consiste en posibilidad*. Esta es la gran innovación ontológica de Ortega: el descubrimiento de *realidades* que consisten en ser *posibilidades*. Señalaba yo en mi comentario de las *Meditaciones del Quijote*, va a hacer un cuarto de siglo, que el bosque es sólo un ejemplo de esa condición ontológica, que ha de tomarse en toda su generalidad. Ahora tenemos otro ejemplo, con sustanciales diferencias.

Se trata— por lo pronto— de una ciudad. El bosque es, al fin y al cabo, una realidad «natural»; quiero decir que el espacio, el suelo, los árboles nada tienen que ver conmigo, aunque el bosque como tal sólo exista en función de *posibles actos míos*, de acciones vitales que yo *podría* ejecutar. La ciudad, no; es intrínsecamente «humana», hecha por hombres y para hombres; es una realidad concebida y realizada como circunstancia de vidas humanas. Por tanto, la referencia a actos humanos es inmediata y esencial. Si Ortega se mantuviera en un análisis análogo al que diez años antes hizo' del bosque, no haría más que mostrar qué es *una* ciudad, es decir, no habría más circunstancialidad que la esquemática y abstracta que corresponde a esa realidad «ciudad», sea la que sea, sea para quien sea. La índole *ya* circunstancial de la ciudad, el que no sea posible escapar a esa condición tan pronto como se habla de ciudades, obliga a dar un paso más: no se

trata de *una* ciudad —como de «un» bosque—, sino de *Madrid*; no se trata del hombre, o de un hombre cualquiera, sino de *mí*. Y ni siquiera de mí en general, en cualquier situación o momento, es decir, no de un «sujeto», sino de mí en cuanto *enamorado de Soledad*, esto es, de una mujer también singular y única, y con un contenido de relación también concreto.

Esto lleva consigo la variación de lo que podríamos llamar el «género literario»: no basta con la *descripción*, aunque ésta sea vital y no meramente visual o plástica; hace falta la *narración*, *lo*. introducción de personajes vivos, que hacen algo, por algo y para algo, en una circunstancia concreta. Por eso el pasaje que estoy examinando parece un fragmento de novela; podría ser un fragmento de un libro narrativo; es una porción de *teoría*, que precisamente sólo puede realizarse en forma narrativa.

Es uno de los momentos en que Ortega pone en marcha la *razón vital* como *razón narrativa*. Los ejemplos más tardíos —y avanzados— se encuentran en los dos prólogos que Ortega escribió, en 1942 y en 1943, al libro *Veinte años de caza mayor*, del Conde de Yebes, y a las *Aventuras del Capitán Alonso de Contreras*. Sobre todo, el capítulo del primero titulado «De pronto, en este prólogo, se oyen ladridos», que comenté poco después en el ensayo «La razón vital en marcha». No se entiende plenamente una situación vital más que *contando una historia*, lo cual supone la introducción de «personajes», es decir, *alguien* concreto que vive en una circunstancia también concreta. La «dramatización» de este pasaje es la forma teóricamente adecuada de «vivificación» de la doctrina.

En este par de páginas aparece en su verdadero rigor lo que es *circunstancia*. Porque ésta no queda suficientemente definida por su referencia a un *yo*; si así fuera, el esquema orteguiano sería equivalente al inerte «centro y periferia». Mi vida es un diálogo dinámico entre yo y circunstancia, en una *tensión* hecha de proyectos, facilidades y dificultades. La circunstancia se convierte en *mundo* cuando proyecto sobre ella mis proyectos, a los cuales resiste, o que parcialmente permite realizar. Madrid no es meramente el lugar en que «estoy»; ni es una cosa o conjunto de cosas; es un *escenario* de una vida determinada, y ésta está constituida por su argumento, por el conjunto de sus proyectos particulares, concreciones parciales y sucesivas del proyecto vital global. Este es el Madrid que Ortega considera en este pasaje. Su significación cambia radicalmente, según la presencia o la ausencia de Soledad. Lo que vivifica la ciudad, lo que le confiere sentido e interés, es su referencia a Soledad; mejor dicho, mi proyección hacia ella, pero no de manera inerte, porque la mujer se proyecta también, es sujeto de acciones igualmente proyectivas.

Resulta, pues, que siendo Soledad un elemento o ingrediente de la circunstancia, es aquel, privilegiado, que *da su sentido a todos los demás*. La ciudad se ordena para el que la ama según ella, en función de ella, incluso en su estructura espacial, topográfica. Por ejemplo, las distancias, tema en que Ortega insiste certeramente. Madrid no es un espacio inerte, sino un

campo magnético, definido por la presencia, la atracción de Soledad. Cuando Ortega, en las *Meditaciones del Quijote*, define la estructura como *elementos más orden* (frente a la idea usual de que la estructura es la «disposición» u orden de los elementos *sin ellos*), adelanta ya el esquema conceptual que ahora interviene en la comprensión real de Madrid para el enamorado. Los elementos de la ciudad, que son los mismos para todos, que en principio al menos son permanentes, se disponen en un orden que es propio de cada *yo*, y de la situación vital en cada momento.

Imaginemos una vieja ciudad de las que apenas han cambiado en su trazado y caserío, como Toledo o el Cáceres antiguo, para no salir de España. ¿Podemos decir que es *la misma* ciudad la del siglo xvi y la nuestra? Evidentemente, no. Los proyectos vitales de los contemporáneos de Garcilaso o del Greco eran bien distintos de los de aquellos toledanos que convivían con el cardenal Lorenzana o, de haber sido real, hubiesen compartido la ciudad con Ángel Guerra, o habitan en ella en el último cuarto del siglo xx. Las mismas piedras tienen distinta significación; las calles que permanecen llevan a distintos lugares, porque conducen a diversos menesteres; el «orden» de esos elementos duraderos y estáticos ha cambiado repetidamente, y por consiguiente la estructura que llamamos Toledo no es idéntica, sino plural, en sucesión histórica. El equívoco es que se suele entender «la estructura *de* Toledo» (que se refleja, por ejemplo, en su plano, o si se quiere en el inventario de sus edificios), y lo que importa es «la estructura Toledo», que incluye la realidad de sus habitantes con sus proyectos vitales (individuales y, en la medida en que participan de ellos, colectivos). El caso extremo sería Venecia, que ha permanecido durante siglos casi invariable, con sus canales, «ríos», puentes, *lagos* y edificios, mientras se transformaba varias veces la personalidad colectiva, desde la Serenísima hasta la ciudad italiana actual, y, por supuesto, las trayectorias *posibles* de las vidas individuales de los venecianos.

El breve texto de Ortega expresa esto de manera particularmente intensa y concisa, gracias al análisis de una situación cuya variación es instantánea y que, sin embargo, tiene alcance total. «Hoy me he enterado de que Soledad se fue ayer de Madrid.» Así comienza el pasaje. Se trata de un cambio que, por lo pronto, consiste en una *noticia*: basta con que me haya enterado para que todo se haya transformado. Y la noticia se refiere a un hecho materialmente minúsculo: la ausencia de una sola mujer, algo físicamente casi imperceptible. Todo lo demás sigue igual; más aún, ni siquiera he percibido esa mínima variación, la sustracción de una minucia, que parecería no afectar a la totalidad de la gran ciudad. Sin embargo, con ello es suficiente para que Madrid se haya quedado «vacío y como exangüe». Mi circunstancia no se determina por la adición de múltiples elementos, *uno* de los cuales sería la mujer amada. No: mi circunstancia está integrada por *esa mujer y todo lo demás* (como tan absurda y graciosamente decían los pasaportes españoles hace cosa de treinta años: «Válido para Tánger y el resto del mundo»), Y ese «todo lo demás» viene a significar primaria-

mente «la circunstancia de esa mujer», aquellos lugares en que habita, donde se la puede encontrar, los caminos que recorre, las personas que la conocen o a quienes conoce, las que se le parecen; en suma, lo que tiene que ver con ella. (Tal vez esa fórmula, «la circunstancia de esa mujer», deba modificarse en un caso particular que después mencionaré.)

Esto quiere decir que acaso *toda la circunstancia depende de uno de sus ingredientes*; la consecuencia inmediata sería que este último no es homogéneo con todos los demás (por eso no pueden sumarse). Es algo semejante a lo que ocurre con el otro ingrediente de mi vida, a saber: *yo*, absolutamente irreductible a ningún elemento de mi circunstancia o a su conjunto, polarmente contrapuesto a ella, cuyo tipo de realidad es heterogéneo, lo que no comprendería ninguna interpretación realista (y, si se mira bien, tampoco una concepción idealista, que «reduce» al «yo» todo lo que no es él).

Ahora bien, ¿es que hay un ingrediente privilegiado, de manera que de él dependen los demás? Por supuesto, no: esa mujer concreta es, objetivamente, una más, una de tantas; el que *para mí* sea condición de la significación de toda la circunstancia depende de que *no funciona simplemente como un elemento de ella*. Ortega observa con extrema finura que las cosas más remotas habían adquirido «una cualidad suplementaria» y que esa cualidad era lo decisivo. Es decir, la mujer amada irradia, se vierte sobre todo lo demás, refluye sobre las demás cosas, las transfigura. Dicho en otras palabras, *sin ser yo, se comporta como yo*. El carácter de la circunstancia como tal es que está en torno a mí, *circum me*, en cuanto me oprime, me abriga, se me opone, se me ofrece, es destinataria y término de mis proyectos, los hace posibles o imposibles. Soy yo quien irradia sobre la circunstancia y la hace tal; ni yo soy sin ella, ni ella es circunstancia sin mí. Pues bien, Ortega muestra que mi circunstancia, cuando estoy enamorado, es tal por referencia no sólo a mí, sino a la mujer amada; la cual asume una doble función: *a*) la de simple contenido o elemento de mi circunstancia; *b*) la de proyección, a su vez, análoga a la mía, sobre la totalidad de *mi* circunstancia.

Es decir, no se limita a ser una porción —todo lo importante que se quiera— de mi circunstancia, sino que es *además* «algo así como yo». ¿Cómo puede ser esto, si el yo se opone polar y dinámicamente a todo lo que no es él? ¿Cómo puede la mujer amada ser *a la vez* un ingrediente circunstancial, hallado por mí un día entre las demás realidades, y, repito la fórmula deliberadamente vaga, *algo así como yo*?

Hemos perdido de vista dos cosas esenciales. La primera, la fórmula mínima y más concisa del núcleo de la filosofía de Ortega; la segunda, que se trata de la mujer *amada*, es decir, que hay que hacer entrar en la comprensión de este extraño fenómeno, la «georrietría sentimental», lo que es el amor.

Ortega no dice en las *Meditaciones del Quijote* que la realidad esté compuesta o integrada por dos elementos, yo y circunstancia; no dice que

sean dos sumandos susceptibles de yuxtaposición o adición; ni que uno de ellos —el yo— esté en el otro; ni que este otro, el mundo, esté virtualmente en el yo como «contenido de conciencia». Lo que Ortega dice es: *yo soy yo y mi circunstancia*. El primer «yo» de la frase es el único plenamente real, y de *su* realidad forma parte la circunstancia, que no se «añade» o agrega, sino que es un constitutivo de *mí*. Yo soy ininteligible sin mi circunstancia. Por eso no tiene sentido preguntar quién o cómo hubiese sido yo de haber nacido en el siglo xvi o en el xviii, porque no habría sido yo, sino otro. Yo soy, pues —entre otras cosas—, *el que vive en una circunstancia determinada* (cuerpo, alma, país, tiempo, familia, condiciones sociales, recursos, etc.). Se entiende ahora que la circunstancia me condiciona de tal modo *en mi -propia realidad* que una variación sustancial de aquella significa una transformación *de mí*, y por consiguiente del conjunto de los proyectos que vierto sobre la circunstancia toda y, por tanto, *de la realidad de ésta*.

¿Qué hace falta para que sea así? Que esa circunstancia (o ingrediente circunstancial) me afecte en mi realidad estrictamente personal, en lo que me constituye como tal yo, es decir, en mis proyectos y, sobre todo, en mi proyecto radical o *vocación*. Y esto es precisamente lo que acontece con el amor.

Las ideas de Ortega sobre el amor, desarrolladas en su libro *Estudios sobre el amor*, compuesto de trabajos escritos en diversas épocas y ocasiones, están anticipadas, y más de lo que suele creerse, en este ensayo, «Vitalidad, alma, espíritu». Ortega contrapone la situación del niño a la del hombre adulto. El niño no se siente «frente» al cosmos, sino que es trozo del cosmos, su existencia carece de centro radiante; en eso consiste su «inocencia». El «sabio» tradicional, absorto y meditabundo, es casi espíritu puro; su existencia tampoco está en su mano; el centro de su vida coincide con un centro sobreindividual: la Razón del Universo. El «sabio» —concluye Ortega— es también inocente. El juego del niño y la tabla de logaritmos son igualmente «inocentes».

«Sólo el hombre en quien el alma se ha formado plenamente posee un centro aparte y suyo desde el cual vive sin coincidir con el cosmos. ¡Dualidad terrible, antagonismo delicioso! Ahí, el mundo que existe y opera desde su centro metafísico. Aquí, yo, encerrado en el reducto de mi alma, 'fuera del Universo', mandando sentires y anhelos desde un centro que soy yo y no es del Universo. Nos sentimos individuales merced a esa misteriosa excentricidad de nuestra alma. Porque frente a la naturaleza y el espíritu, alma es eso: vida excéntrica.

»Con el nacimiento del alma alumbra el mágico hontanar de los grandes deleites y las grandes angustias. El mundo se hace incomparablemente sabroso sentido bajo esta nueva e individualísima perspectiva del yo excéntrico. Porque el mundo del cuerpo y el del espíritu son relativamente abstractos y genéricos. Pero los amores y odios dotan al cosmos de una topografía afectiva y le proporcionan modelado. (¿Se ha advertido la geo-

metría sentimental que actúa en el hombre enamorado?) El mundo mostrenco, igual para todos, se hace entonces 'mi' mundo privado.»

Vemos en qué contexto teórico —la distinción *descriptiva* entre vitalidad, alma y espíritu, la interpretación del alma como excentricidad— aparece para Ortega la noción de «geometría sentimental». Después de esto vendrá su desarrollo, citado íntegramente al comienzo de este estudio, en forma *narrativa* y dramática, casi novelesca. Como en Platón el mito de la caverna *sigue* a la explicación conceptual y hasta esquemática de la realidad, en la *República*, así en Ortega ese fragmento que parece ficción es la plenitud de lo que discursivamente había hallado un poco antes. Pero aquí interesa sobre todo la aparición expresa del tema del amor al intentar entender esta condición excéntrica del alma y sus consecuencias biográficas. Ortega escribe unas líneas más adelante:

«Todo hombre o mujer que llega a madurez sintió en una hora ese gigante cansancio de vivir sobre sí mismo, de mantenerse a pulso sobre la existencia, parecido al *odium professionis* que acomete a los monjes en los cenobios. Es como si al alma se le fatigasen los propios músculos y ambicionase reposar sobre algo que no sea ella misma, abandonarse como una carga penosa al borde del camino. No hay remedio, hay que seguir ruta adelante, hay que seguir siendo el que se es... Pero sí, un remedio existe, sólo uno, para que el alma descansa: un amor ferviente a otra alma. La mujer conoce mejor que el varón este maravilloso descanso que consiste en ser arrebatada por otro ser. También aquí la imagen plástica de arrebato, de raptó deja rezumar el sentido de la oculta realidad psicológica. En el raptó la ninfa galopa sobre el lomo del centauro; sus pies delicados no pisan el suelo, no se lleva a sí misma, va en otro. Del mismo modo, el alma enamorada realiza la mágica empresa de transferir a otra alma su centro de gravedad, y esto sin dejar de ser alma. Entonces reposa. La excentricidad esencial queda en un punto corregida: hay, por lo menos, otro ser con cuyo centro coincide el nuestro. Pues ¿qué es el amor, sino hacer de otro nuestro centro y fundir nuestra perspectiva con la suya?»

A continuación de estas palabras va el epígrafe «Geometría sentimental», con el texto que venimos comentando. Ortega pasa de la exposición, de los enunciados a la presentación personal, descriptiva y narrativa, de una situación singular con nombres propios —Soledad—, con referencias concretas a una ciudad —Madrid—, desde una perspectiva de varón. Pone en juego el método de la razón vital en su forma culminante y más estricta, en una de esas condensaciones que resumen un trozo de doctrina en máxima tensión, que producen en el lector esa súbita descarga de intelección en que propiamente consiste el pensamiento.

En las palabras que acabo de citar, Ortega llega a una idea que no tendrá demasiado desarrollo en los escritos integrantes de su libro *Estudios sobre el amor*, donde insiste sobre todo en la «entrega por encantamiento». Aquí dice que en el amor hay «otro ser con cuyo centro coincide el nuestro»; y lo aclara todavía más: «hacer de otro nuestro centro y fundir nues-

tra perspectiva con la suya». ¿Es rigurosamente así? Y, sobre todo, ¿es esto lo que muestra el maravilloso capitulillo «Geometría sentimental»? Veámoslo.

Temo que Ortega se dejó llevar por la enorme presión de la idea de «fusión», que tanto ha gravitado en las interpretaciones del amor, desde Grecia, idea a la que hice esenciales reparos en *Antropología metafísica* y después en *La mujer en el siglo XX*. En el texto de «Geometría sentimental» no funciona para nada la idea de fusión, y no es forzoso que el centro de la amada coincida con el del amante. Ni siquiera sabemos —aunque es probable y deseable— si Soledad está enamorada o no del narrador. Se trata de la presencia o ausencia de la mujer, del efecto que ambas producen en la circunstancia del varón, de la transformación que la existencia de la mujer amada *como tal* ejerce sobre todos los contenidos del mundo. Este tiene una estructura que depende de la mujer de quien se está enamorado, de su referencia a ella. Quiero decir que la mujer es siempre *otra* —y ahí reside la delicia—, que la *alteridad* es constante. Diríamos que todos los actos del narrador son *intencionales*, y que su objeto intencional, o es Soledad misma, o es, al menos parcialmente, *lo que tiene que ver con Soledad*. De ahí la *transfiguración* que la mujer amada ejecuta sobre el mundo, sin que ella intervenga para nada, incluso sin que de ello tenga noticia. Todo el pasaje de Ortega conserva su validez aunque la mujer no corresponda a ese amor, aunque no sepa que es amada, es decir, aunque ese amor sea unilateral. ¿Podría hablarse entonces de fusión? Lo decisivo es la presencia o la ausencia, es decir, la manera como las cosas quedan afectadas por la amada, incorporadas virtualmente a ella *en mi circunstancia*. La transformación de *mi* circunstancia, por consiguiente, en virtud de la situación en que me encuentro yo respecto a esa otra persona.

Dije antes que mi circunstancia está integrada por *esa mujer y todo lo demás*, y que ese todo lo demás es «la circunstancia de esa mujer», y advertí que esa fórmula tal vez debería modificarse en un caso particular. Creo que este es el lugar de esa precisión. Cuando el amor es *correspondido*, cuando hombre y mujer *se aman*, se produce, en forma especialmente intensa y aguda, una situación de la vida humana que denominé hace muchos años, en la *Introducción a la Filosofía*, la «comunicación de las circunstancias» (idea que, por cierto, interesó vivamente a Ortega). Las circunstancias humanas son en cierta medida comunicantes, y esto permite la existencia de un mundo común; pero en el caso de los enamorados esas circunstancias se interpretan y se comunican en forma de reciprocidad. Cada uno está «asociado» a la vida del otro, y de esta manera penetra en su propia circunstancia y hasta cierto punto la hace suya. Se podría decir que ambos viven en *una* circunstancia, pero cada uno desde sí mismo, es decir, desde su propio centro. Creo que la dualidad de centros persiste, en una misteriosa «doble excentricidad» compartida.

En los libros antes citados he distinguido entre *amor j enamoramiento* (la forma superior y radical del amor). El hombre, *instalado* en la condi-

ción amorosa que le es propia, se proyecta *vectorialmente* hacia la mujer amada (o viceversa). Esa persona es objeto de mis actos, que a ella se dirigen y están referidos; pero todavía no basta para que pueda hablarse de enamoramiento en sentido estricto. «El enamoramiento consiste en que la persona de la cual estoy enamorado se convierte en mi proyecto. No es simplemente que ciertos actos míos se refieran a ella, ni siquiera cuando esos actos sean «amorosos»; yo puedo «amar» a una persona de la cual no estoy enamorado; esa persona será el objeto de mis actos, causa y destinatario de ciertos sentimientos; podríamos decir que esa persona ocupa un puesto relevante en mi circunstancia, puede ser una porción irrenunciable de ella. Otra cosa es que al mirarme a *mí* mismo, es decir, al proyecto vital en que consisto, me descubra inexorablemente envuelto *en* esa otra persona; no es simplemente que me proyecte *bacía* ella, sino que me proyecto *con* ella. Sin ella, propiamente, no *soy yo*. Lo cual quiere decir, literalmente, que *soy otro* que el que antes —antes de enamorarme— era. El enamoramiento consiste, pues, en un cambio de *mi* realidad, lo que podríamos llamar una variación ontológica» (*Antropología metafísica*, capítulo XXIII). «Yo necesito —he escrito después— a una mujer individual, aquella de la cual estoy enamorado, para *ser yo* en cuanto varón. En este sentido, y sólo en éste, la encuentro en mi proyecto, en aquel que me constituye, y no en mi circunstancia. *Mi proyecto la incluye.*» En cuanto a las interpretaciones del amor como «identidad», «fusión» o «posesión» mutua, he escrito en el mismo lugar: «Son conceptos que a última hora se refieren a 'cosas', que están pensados desde la realidad de ellas, no de las personas como tales. Empezando porque la persona no es idéntica, sino que es *la misma*, pero nunca lo mismo; y no tiene sentido la fusión más que cuando se trata de realidades ya hechas y que están ahí. Los enamorados no quieren nunca disolver su personalidad en la del otro, o absorberla en la propia, sino al contrario: para el que está enamorado es delicia suprema la persona amada como tal, en ella se complace, en su *presencia* y su *figura*, como sabía muy bien San Juan de la Cruz, únicas que curan la dolencia de amor. Presencia y figura son lo contrario de absorción o fusión. Lo que sucede es que el enamorado lleva en sí y consigo a la amada, precisamente en cuanto otra; por eso está e/z-amorado. Siente que lo más suyo, su última realidad íntima, se le escapa hacia la de otra persona sin la cual no es, sin la cual ha cesado de ser inteligible, que es su vocación más auténtica, con la cual se proyecta hacia el futuro.»

Creo que si se relee «Geometría sentimental» teniendo a la vista esta interpretación, su sentido permanece, y tal vez se refuerza. Al abandonarse a la recreación imaginativa de la situación del enamorado, a la intuición de esa estructura dramática de la vida humana, Ortega despega de la interpretación conceptual del amor —excentricidad dbl alma, fusión— y va más allá, como Platón al imaginar el mito de la caverjna, que apresa una parcela de realidad viviente, y le permite *seguir irradiando*, vertiendo su contenido inexhaustible.

Y una palabra más, que excede del texto de Ortega, pero que me parece inexcusable. El punto de partida es que la *amada*, «se fue ayer de Madrid para una ausencia de varios días». Madrid se ha quedado «vacío y como exangüe», y todo lo demás que sigue. Pues bien, ¿qué sucede cuando la ausencia es radical, total, definitiva? ¿Cuando no es de Madrid, sino del mundo, y para siempre? Esa transformación que Ortega maravillosamente describe, no afecta a una ciudad, sino al mundo entero. Se vacía, pierde su significación, deja de estar bañado por esa irradiación que le daba sentido. Todo queda igual, todo permanece, pero desconectado de los proyectos vitales del que sigue viviendo en él sin ser él mismo. Si trasladamos la visión orteguiana de ese Madrid desposeído, enajenado, al mundo como tal, tropezamos con un tema radical de la metafísica, que no podemos tratar aquí, pero que es menester señalar.

¿Cómo se presenta la realidad cuando mi proyecto queda escindido, mutilado, cuando la visión de ella en función de la cual se vivía queda reducida al modo de la privación? ¿Qué sucede al mecanismo de la proyección, y todavía más al contenido de los proyectos? Queda sobre el mundo la refulgencia que le daba esa «luz dorada» de que Ortega habla, esa huella de haber tenido la presencia de la mujer amada, o de que ésta haya albergado en sí la imagen de esos lugares, edificios, libros, personas. Pero todo ello sin el foco originario, como llega a nosotros la luz de una estrella tal vez hace milenios extinguida.

Y finalmente, Ortega dice: «la ciudad donde sé que está ahora —ayer indiferente— comienza a adquirir el más sugestivo modelado». ¿Y cuando no se trata de otra ciudad? ¿Es posible, y cómo, imaginar ese otro «dónde»? Esta segunda parte, no lo olvidemos, es esencial a la proyección de la vida del enamorado cuando la amada está ausente de la ciudad. Si trasladamos la situación a esta otra más radical, ¿cómo es posible el proyecto vital, cómo es posible *vivir*?

Podría, debería escribirse un tratado entero de *Geometría sentimental*.

J. M.*